

El doble vínculo del mundo simbólico y el lenguaje

■ THE DOUBLE LINK OF THE SYMBOLIC WORLD AND THE LANGUAGE

■ O DUPLO VÍNCULO DO MUNDO SIMBÓLICO E A LINGUAGEM

Juan Carlos Bustos Gómez* / juancarlosbustos@yahoo.com

Resumen

La vida social es condición para el lenguaje, pero nuestro mundo social es un sistema simbólico que depende del lenguaje, por lo que este último se concibe como autónomo y dependiente a la vez. El lenguaje nos proporciona un medio de interacción para establecer vínculos y construir comunidades de sentido, las cuales actúan como marco de referencia en las que *lo dicho* sólo se puede comprender en el contexto de unas prácticas sociales y el sentido profundo que estas encierran. Asimismo, el dominio del lenguaje facilita la comprensión de los propios actos, otorgando la capacidad de control sobre los mismos, por ello la capacidad reflexiva está íntimamente ligada al lenguaje, de la misma forma que esta se relaciona con la comunicación, puesto que todo acto comunicativo implica una intencionalidad.

Summary

Social life is a condition for language, but our social world is a symbolic system that depends on it, and this is the reason, language is conceived as independent and dependent at the same time. Language provides means of interaction to build relationships and communities of meaning, that act as frameworks in which what is said can only be understood in the context of social practices and the deep sense that they imply. Also, the mastery of language facilitates the understanding of our own actions and the possibility to control them; therefore, reflective capacity is closely linked to language, like the reflection is linked to communication, since all acts of communication involve an intention.

Resumo

A vida social é um pré-requisito para a linguagem, mas o nosso mundo social é um sistema simbólico que depende da linguagem, assim que este último é concebido como independente e dependente de cada vez. A linguagem fornece um meio de interação para construir relacionamentos e criar comunidades de sentido, que agem como um quadro no qual o que se disse que só pode ser entendida no contexto das práticas sociais e do profundo sentimento de que eles contêm. Além disso, o domínio da linguagem facilita o entendimento das ações, dando a capacidade de controlá-los, portanto, a capacidade reflexiva está íntimamente ligado à linguagem, assim como o linguagem relaciona se com a comunicação, já que todos os atos comunicativos envolvem uma intenção.

Palabras clave

Comunicación, comunidades de sentido, cultura, lenguaje, mundo simbólico.

Key words

Communication, communities of meaning, culture, language, symbolic world.

Palavras chave

Comunicação, comunidades de sentido, cultura, linguagem, mundo simbólico.

* Magister en Comunicación Universidad Iberoamericana - México

“El lenguaje tiene que ver con coordinaciones de acción, pero no con cualquier coordinación de acción sino que con coordinaciones de acciones consensuales. Más aún, el lenguaje es un operar en coordinaciones consensuales de acciones consensuales”. Maturana, H; 1991; p. 18

Inicio

El mundo social que da origen al lenguaje no podría existir sin el lenguaje, en tanto, ambos hacen posible la capacidad de representación simbólica que configura mundos compartidos y por tanto objetivos. Lenguaje, comunicación y cultura están unidos por un vínculo de causalidad circular, que se refleja en la relación entre palabra y acción; recordemos una máxima de la comunicación que nos exige concordancia entre el decir y el hacer. Así lenguaje y comportamiento nos ayudan a desentrañar las motivaciones profundas que subyacen a nuestro actuar; cultura e historia se encarnan en nuestro presente cuando conversamos, por eso el mundo en que vivimos se constituye y configura en el discurso como un mundo de acciones posibles en una realidad en permanente concreción. Razón por la cual, las palabras no son simples abstracciones de una realidad independiente de nuestro quehacer, sino que “son nodos en redes de coordinación de acciones” (Maturana, 1991, p. 87)

Mundo simbólico

Nuestro cerebro es capaz de percibir un objeto simbólico al mismo tiempo como algo real en sí mismo y como la representación de algo más. Gracias a esta capacidad de representación simbólica desarrollamos la habilidad para combinar signos y obtener varios niveles de significado, al punto de que todos los momentos de nuestra vida pasan por alguna forma de representación e interpretación simbólica; podemos imaginar cosas que no están presentes y atribuirles características y significados que no tienen en sí mismas (Medina, J., 2010). La posibilidad de significación objetiva de los símbolos, convierte a nuestro mundo social en un sistema simbólico a través del cual, desarrollamos la habilidad para entender las motivaciones de los demás (Schwanitz, D., 2004). Así, aprendimos a cooperar, lo cual requiere tener la capacidad para adoptar el papel de los demás y comprenderlos es decir, crear una meta común contemplando tanto los intereses propios como los de los otros (Medina, 2010).

Dado que no tenemos otra manera de acercarnos a la realidad sino a través de los signos – ya sean signos del cuerpo, signos de la palabra, signos musicales (Cajiao, E., 1997); hablar de la aprehensión de la realidad inmediata se muestra como una afirmación sin sentido, ya que “ante la imposibilidad de nuestro aparato cognoscitivo para conocer directamente la “realidad”, tenemos que conformarnos, con la imagen de la realidad que podemos obtener, gracias a la mediación traductora de signos y símbolos”(Morin, E., 1990).

De tal forma que este mundo compartido provee las condiciones para el lenguaje humano y el simbolismo que este supone¹. Por tanto, la vida social también es condición para el lenguaje (Benveniste, E., 1979), ya que este depende de las interacciones entre los individuos. Pero de la misma forma, no hay nada antropológico que no dependa del lenguaje, por lo que el lenguaje se concibe como autónomo y dependiente a la vez. Esto nos llevaría a pensar que no existe tal dicotomía entre pensamiento y lenguaje, porque tanto el desarrollo de la competencia lingüística como de la habilidad social, a través de la interacción, suponen de forma simultánea la integración y el despliegue de todas las potencialidades humanas (Morin, 1992).

En este mundo de segundo orden, un mundo simbólico compuesto de significaciones compartidas, el lenguaje hace posible cosas que no necesariamente tienen correlato en el mundo natural, como p. ej., la negación. Además, facilita expresar nuestros estados anímicos más difusos con relativa exactitud y hacerlos accesibles para otros y para nosotros mismos. Pues el hablante se escucha a sí mismo y percibe su expresión como algo propio que se ha vuelto ajeno, como si él mismo fuera el receptor de su propio acto locutivo. Gracias a ese mundo de segundo orden presente en el lenguaje, se hace posible que tanto emisor como receptor entiendan aproximadamente del mismo modo la expresión emitida, y en esta medida, faculta al emisor ponerse en el lugar del receptor y predecir su reacción (Schwanitz, 2004).

Dado que, el lenguaje no se concibe sin voz ni diálogo, hablamos a otros que hablan, de ahí la importancia de la posibilidad de respuesta al dato lingüístico (Benveniste, 1979). En efecto, “hablar es hablar a alguien,

1 Senner, W. (1992) plantea que el simbolismo fue fundamental en el proceso de hominización.

porque el habla no pertenece a la esfera del yo, sino a la esfera del nosotros” (Gadamer, H.G., 1984). Esto posibilita controlar la propia expresión, lo que, a su vez, permite “querer decir” (Schwanitz, 2004)

Pero, existen otros rasgos presentes en el lenguaje humano como la referencia a la experiencia objetiva y la reacción a la manifestación lingüística que hacen posible el pensamiento y la reflexión (Schwanitz, 2004). De acuerdo con Benveniste (1979), entre los aspectos característicos de nuestro simbolismo, que están a la base de nuestra tradición lingüística, encontramos el uso de un sustituto de la experiencia, transmisible espacial y temporalmente, junto con la capacidad de reproducir un mensaje escuchado, sin haber participado de la experiencia descrita en dicho mensaje.

No en vano, Bourdieu (1991) plantea que el poder simbólico del lenguaje es la capacidad de crear cosas con palabras, y ese poder de creación del lenguaje se refleja de muchas maneras, por ejemplo, hace posible que “podamos extraer una gran cantidad de información de nuestras experiencias vitales sin tener que vivir directamente las lecciones más duras” Medina (2010).

Lenguaje y cognición

Para empezar, el lenguaje es mediador de la actividad humana, su potencial descriptivo nos permite expresar emociones, sensaciones, participar nuestro mundo psíquico y construir un mundo compartido. En el lenguaje encontramos la base del principio de objetividad², esto es la capacidad de representar y comunicar un mundo objetivo. Decir que el hombre puede hablar es poner de relieve que a través del lenguaje puede hacer presente lo no actual, de forma tal que otros también lo puedan ver. Con el lenguaje, los seres humanos “pueden comunicar todo lo que piensan; pueden comunicar lo común, tener conceptos comunes, en particular aquellos que posibilitan la convivencia.”³

Para ejemplificar este punto, pensemos en las palabras que nos permiten representar cosas que cobran un sentido de realidad colectiva, aunque no las tengamos ante nuestra vista, incluso algunas de ellas solo existen en el lenguaje, como la soledad, la tristeza, la noción

de vacío que en un principio dio origen al concepto de cero,⁴ del cual no encontramos referentes tangibles. Así, el lenguaje, que es en sí mismo una actividad práctica, al trascender su potencial descriptivo, nos proporciona un medio de interacción para establecer vínculos y referentes sociales mediante los cuales construimos comunidades de sentido (Giddens, A., 1984); como lo puede ilustrar de forma excepcional el sentido del humor, una clara muestra de inteligencia compartida.

Dado que no es posible salir del lenguaje, pues estamos inmersos en él, las comunidades lingüísticas se constituyen en comunidades de sentido, pues “todo lo humano debemos hacerlo pasar por el lenguaje” (Gadamer, 1984). Por ello, más allá de las cuestiones gramaticales, hablar una lengua es ante todo una manera de contemplar el mundo. Si asumimos, como lo plantea Prigogine, que el conocimiento es participación, entendemos que el conocimiento está ligado a la experiencia de quien conoce (Schnitman, 1994). Y en tanto “estamos tan insertos en el lenguaje como en el mundo”, podemos decir que habitamos en el mundo del lenguaje; nuestra experiencia, al igual que la actividad cognoscitiva está mediada por el lenguaje (Gadamer, 1984).

Es en este sentido que experiencia y lenguaje constituyen una relación ineluctable, por lo que nuestro ámbito de experiencias, actúa como marco de significaciones en el cual resulta significativa la información, pero fuera del cual puede no tener el mismo sentido o quizás ningún sentido. De tal forma que si nuestra experiencia está ligada al lenguaje y la actividad cognoscitiva solo es posible a partir de los elementos que ya le son accesibles al sujeto que conoce, gracias a la experiencia, entonces lenguaje y conocimiento resultan inseparables (Schnitman, D. F., 1994) y como no hay experiencia sin lenguaje, tampoco es posible el conocimiento sin el lenguaje. En pocas palabras, nuestro conocimiento es una construcción discursiva, o sea, se da a través del intercambio, de forma comunicativa, lo cual implica el desarrollo de la habilidad lingüística.

Niveles del lenguaje

Las comunidades lingüísticas incluyen desde grupos humanos que hablan diferentes idiomas, hasta aquellos que hacen uso diferenciado del mismo. Un ejemplo

2 Entendido como un constructo social.

3 Gadamer (1984) La convivencia representada en la posibilidad de vivir en forma de vida social, de una constitución política, de una vida económica articulada en la división del trabajo.

4 Por ejemplo, los romanos no contaron con el cero en su sistema de numeración, pero los Mayas sí.



Sergio Giraldo Giraldo » Sin título (ref. No.) » Técnica mixta: (Pigmentos minerales, brea, acrílico, fique, fuego, objeto) »
Dimensiones: 100cms. x 70cms.

de ello lo encontramos en la aparente dicotomía entre lenguaje especializado y lenguaje natural (Morin, 1992). Ante todo, el lenguaje natural o común es en realidad un lenguaje cultural al igual que el lenguaje especializado. De otro lado, el lenguaje especializado privilegia su carácter formal, restringiendo la polisemia propia del lenguaje natural en busca de mayor precisión, creando un dominio de clausura por medio de un código que restringe el acceso. Esto configura comunidades con comprensiones distintas del mundo, como efecto del uso diferenciado del lenguaje, generando asimetrías de relación entre legos y especialistas. Como lo señala Morin;

El desprecio hacia lenguaje a la vez natural común y ordinario (...), indica la voluntad de reservar para los iniciados, expertos especialistas las competencias fundamentales para tratar todos los problemas, y tiende a privar al ciudadano del derecho al conocimiento (1992, p.176).

Dicho de otra forma, los distintos niveles del lenguaje configuran sistemas discursivos que se constituyen en sistemas interpretativos, determinando la información que circula y que solo tiene sentido en esas comunidades específicas. Pero además, determinan los roles de los actores sociales dentro y entre los grupos, por lo cual las comunidades lingüísticas al restringir el acceso, también actúan como barreras comunicativas a la vez que juegan un papel como garantes de un orden social determinado, configurado discursivamente. Todo lo cual desvirtúa la idea de la transparencia comunicativa.

Por otra parte, los usos del lenguaje reflejan la adecuación a diferentes contextos o circunstancias, pues sabemos por experiencia que nadie se comporta de la misma forma en una relación amorosa que en un funeral. Dado que la palabra es social, la habilidad en el uso de los diferentes niveles del lenguaje en la vida diaria determina el lugar desde el cual participamos en el mundo social.

Sujeto y conocimiento

Touraine plantea que los sujetos son ante todo actores sociales y que por tanto, la vida social es el resultado de la acción objetivadora de estos en su proceso de interacción, dado que la cultura está organizada mediante el vínculo cognitivo que es el lenguaje, es necesario para la transmisión y la innovación culturales. El lenguaje humano está presente en todas las operaciones cognitivas, comunicativas y prácticas, es consustancial a la organización de toda la sociedad

(Morin, 1992). Asimismo, sobre la base del lenguaje se constituyen las interacciones intersubjetivas que nos vinculan con el capital colectivo de los conocimientos, de los saber/hacer aprendidos, de las experiencias, de la memoria histórica, de las creencias míticas de la sociedad (Morin, 1992).

El conocimiento no se puede concebir al margen de los sujetos que conocen, porque toda actividad cognoscitiva sólo puede concebirse en función de las potencialidades y limitaciones del sujeto humano, de sus condicionamientos psíquicos, biológicos y culturales, es decir, el conocimiento no se puede concebir desligado de su dimensión humana, sin hacer el reconocimiento de su carácter social. En síntesis, "Crecemos, vamos conociendo el mundo, vamos conociendo a la personas y en definitiva a nosotros mismos a medida que aprendemos a hablar" (Gadamer, 1984).

Reflexividad

El lenguaje ocupa una posición central en la vida social, porque constituye el medio de las actividades prácticamente humanas y su dominio facilita la comprensión de los propios actos, otorgando la capacidad de control sobre los mismos. Tan estrechamente está ligada la capacidad reflexiva al dominio del lenguaje, que en el caso de los niños, estos sólo logran los rudimentos para controlar su propia conducta, en la medida que adquieren las destrezas lingüísticas necesarias para poder relacionar la experiencia de su acción con la unidad del conocimiento (Giddens, 1984). Pero el control racional de la propia conducta, o lo que es lo mismo, la reflexividad no se da en el vacío, ni de forma individual, sino que requiere de un contexto social en el cual tanto el propósito de la acción, como la acción misma tienen sentido.

En virtud de su carácter práctico, el lenguaje se destaca en la vida social, por el papel central que desempeña en el proceso de producción y reproducción de significaciones (Giddens, 1984). Por tanto, la intencionalidad de la acción humana no puede entenderse como una simple expresión de las experiencias del fuero interno del sujeto, sino que está profundamente relacionada con el carácter comunicativo del lenguaje, el cual permite la construcción de marcos específicos de significación (Giddens, 1984). Ahora, si bien, el sujeto posee autonomía relativa para decidir el propósito de su acción, no lo hace totalmente en condiciones de su

libre elección, pues, “la racionalidad de la conducta expresa sujeción causal al ligar los propósitos de la misma a las condiciones de su realización dentro de la praxis vigente de la vida cotidiana” (Giddens, 1984).

De modo que, la capacidad reflexiva convierte al sujeto en un actor social, porque en la interacción con otros sujetos no sólo comparte sentido sino que a la vez reconstituye el ámbito mismo de significaciones en el cual es posible su acción. Asimismo, aunque diferentes, “sujeto y objeto están incluidos el uno en el otro; ya que el sujeto es necesariamente objetivo y objetivable, de la misma forma que el objeto lleva impresa la huella del sujeto que lo hizo posible” (Morin, 1992). Por lo que el proceso de objetivación de la subjetividad sólo es posible gracias a una característica específica de los seres humanos: la capacidad reflexiva, la cual está íntimamente ligada al lenguaje.

Cultura y lenguaje

Los estudios sobre las relaciones constitutivas entre comunicación, cultura y política surgen del interés por entender/explicar los procesos de transformación de las modalidades de la comunicación en las sociedades periféricas contemporáneas. Esta perspectiva asume el estudio y análisis de las prácticas sociales, como un proceso cultural de dimensiones políticas, en tanto que estas reflejan las concepciones de mundo y las intencionalidades implícitas en el actuar de los agentes sociales en un contexto específico.

A este respecto, varios investigadores sociales (Sfez, F. 1995; Giddens 1984; Martín Barbero, J., 1987) aportan elementos de análisis para abordar las dinámicas sociales y culturales de las sociedades contemporáneas, los cuales articulan en un modelo axial de interpretación que vincula, de un lado, tradición e historia (eje diacrónico) y de otra parte, la actualización de la cultura (eje sincrónico), manifiesta a través de prácticas concretas de los agentes sociales, en tanto miembros de comunidades poseedoras de un acervo cultural.

Un eje vertical o diacrónico que se refiere a las matrices históricas que se transmiten a través de las instituciones culturales, que constituyen marcos de significación o comunidades de sentido en las que *lo dicho* sólo se puede comprender en el contexto de unas prácticas sociales y el sentido profundo que estas encierran. Pues “*lo dicho* nunca posee su verdad en sí mismo, sino que

remite, hacia atrás y hacia adelante, a lo no dicho” (Gadamer, 1984). En esta medida, una “comunidad de sentido es por tanto la comunidad de trasfondo, basada en recuerdos comunes y mantenida por el sistema institucional que se encarga de transmitirlos” (Sfez, 1995). De otro lado, el eje horizontal o sincrónico que es el eje de las realizaciones presentes, nos remite al asunto de la interpretación. Es decir, aquel que se refiere a las prácticas culturales, a través de las cuales, la cultura se manifiesta como un proceso de equilibrio dinámico entre tradición y actualización.

Estos ejes hacen referencia a la articulación entre sentido y significación; el sentido que nos remite a un contexto más amplio, enraizado con procesos históricos, mientras que la significación hace referencia al aspecto semántico del contexto más inmediato. El “entrecruzamiento” de estos dos ejes constituye la matriz simbólica de cualquier sociedad; “uno horizontal que una a individuos mediante juego de reciprocidad, que invoca jerarquías, reglamentos, procedimientos, (...) y el vertical que lo relaciona con el mito y el rito (tradición e historia), reglas implícitas que suministran una reserva de sentido con relación a los reglamentos» (Sfez, 1995).

De lo anterior, se coligen dos aspectos fundamentales para instituir la comunicación: uno es la reserva de sentido o tradición (que no es ni autorreferencia ni stock de datos), el otro es procedimiento de efectucción, que hace alusión al aspecto pragmático. Desde esta perspectiva, cobra especial relevancia el proceso de interpretación, entendido como nuevo abordaje y un retorno en un mismo movimiento, en donde es necesario diferenciar lo dicho, de lo que se quiere decir. De esta forma, la comunicación y la interpretación están relacionadas por el doble vínculo del que hablan los hermeneutas, y que se refiere a la relación entre el contexto inmediato de actuación y al sentido profundo en el que está implícita, por eso la interpretación es doblemente comunicación, porque remite al contexto de sentido profundo que subyace a toda acción en curso.

Desde esta perspectiva, la cultura puede ser entendida como una praxis, y no sólo como el conocimiento consciente de estructuras y normas que se ejecutan mecánicamente. Ya que «nuestras formas de hacer las cosas hábilmente reflejan formas implícitas de afiliarnos a una cultura que a menudo van más allá de lo que sabemos de una forma explícita. Y esas formas de

afiliación ofrecen profundas fuentes de reciprocidad cultural uniforme sin las cuales una cultura pronto acabaría quedando a la deriva» (Bruner, J., 2000).

De tal forma que cada acto que contribuye a la reproducción de la estructura social también es un acto de producción, una empresa novedosa, que puede iniciar el cambio al alterar esa estructura al tiempo que la reproduce. Las acciones son en cierta forma producción y reproducción de las estructuras sociales pero la realización de las mismas no es una simple ejecución de un acto reflejo, sino que también introducen cierta novedad. En otras palabras, “la producción de la sociedad es siempre y en todas partes una realización de destreza de sus miembros, sin embargo, no lo hacen en condiciones de su propia elección, por lo cual es necesario completar la idea de la producción de la vida social con la de la reproducción de las estructuras, entendidas como sistemas de reglas y recursos generativos” (Giddens, 1984). Resumiendo, la cultura se transforma y se actualiza en un permanente intercambio dinámico entre tradición y acción o estructura y praxis.

Como colofón, hay que señalar la coincidencia entre el conocimiento mutuo, o comunidad de sentido común, que Bruner logra sintetizar de forma magistral cuando afirma que: «Ese sutil compartir es lo que constituye la inteligencia distribuida, al entrar en semejante comunidad no sólo se ha entrado en una serie de convenciones de praxis, sino en la forma de ejercer la inteligencia» (Bruner, 2000).

Comunicación y lenguaje

La comunicación es posible en tanto existe un “conocimiento común” entre los miembros de una comunidad que se precien de ser actores sociales competentes, es decir, capaces de comprender las acciones de otros y las propias. Tener conciencia de las pautas sociales de comportamiento nos permite saber qué es relevante o no en un contexto determinado y con este conocimiento encauzar nuestras acciones, dotarlas de sentido. Así que la comunicación puede ser entendida como puesta en común, como un proceso que requiere un conocimiento mutuo, el cual es simultáneamente causa y consecuencia del sentido. En suma, la comunicación se podría definir como la posibilidad de compartir sentido.

Así pues, la comunicación no se agota en el lenguaje, ya que la vocación comunicativa de este último deriva de sus fuertes vínculos con el mundo social y cultural de

los que hace parte. Comunicarse requiere un esfuerzo intercomprensión que va más allá del acto locutivo, nos remite al trasfondo de conocimiento mutuo; por un lado, está lo que se dice, lo que se hace, que siempre se podrá leer significativamente, de otra parte, el sentido tiene que ver con la motivación que subyace a esta acción.

En toda interacción existe un interés constante y la capacidad para descubrir modos de comprensión de la conducta del otro, aparte de la recepción del intento comunicativo: por ejemplo, en la comprensión de los motivos (Sfész, 1995, p. 449).

Es en la vida cotidiana⁵ en donde arraigan el lenguaje y el comportamiento a los cuales es necesario recurrir para comprender a nuestros interlocutores. En esta medida, podemos decir que la comunicación y la interpretación no sólo están íntimamente vinculadas, sino que no es posible hablar de comunicación sin que remita al contexto de sentido profundo que subyace a la cultura, por lo que los procesos de interpretación no sólo hacen referencia a lo aparente, a lo inmediato, sino que también apelan a lo que se presupone, a lo preconcebido.

La diferencia entre sentido y significación está en la base de la diferencia entre comunicación y expresión. El *sentido* de la acción social, producto de las destrezas constituyentes de los actores, es negociado de modo activo y continuado, no es simplemente fruto de la comunicación programada, de significados establecidos. El sentido exige interpretación mientras que la *significación* puede ser hallada mediante definición. Esa puede ser la diferencia fundamental entre competencia lingüística y competencia comunicativa que señalaba Habermas.

La información sólo resulta significativa sobre la base de un sentido común, es decir, aquel conocimiento previo que permite incorporar nuevos datos de forma significativa al acervo cognoscitivo por parte de un grupo o individuo. Por ello, «la producción de la interacción con carácter significativo depende de la reciprocidad de la recepción en el intento comunicativo, en el que el lenguaje es el medio primario, pero no ciertamente el único» (Giddens, 1984).

Asimismo, la comunicación supone una intencionalidad, implica la mediación de códigos y está vinculada a la vida cotidiana, pues se halla presente en todas las

5 Sfész (1995) *Lebenswelt* del que habla Husserl.

esferas de la actividad humana⁶. Por eso, el reconocimiento de la realidad objetiva y autónoma del lenguaje, no excluye el vínculo fundamental con el ser humano que lo produce, ni el sujeto que es su locutor, ni las interacciones sociales y culturales en las que adquiere consistencia y ser.

La comprensión del sentido común o conocimiento mutuo resulta relevante para la teoría del intento comunicativo, por cuanto el propósito fundamental de la acción del sujeto está vinculado con el objetivo de pasar información a otros. Por lo tanto, el sentido no se produce por la ejecución mecánica de unas prácticas habituales, sino que surge de la realización de dichas acciones o rutinas en el marco de la interacción social, con una intencionalidad (Giddens, 1984).

Para finalizar, retomamos las palabras de Sfez quien nos dice: “El desciframiento del lenguaje hablado se realiza con una comprensión de la situación dada y de las costumbres sociales en ella convocadas, es decir el sentido de un enunciado no corresponde a lo que se pronuncia efectivamente. Los términos de una frase significan por ellos mismos, pero el sentido que comunican se sitúa fuera de la significación propiamente dicha. Significación corresponde al valor semántico adherido a la frase y sentido al del enunciado, a los actos locutorios que el locutor espera cumplir con su enunciado» (Sfez, 1995).

A manera de conclusión

Gracias al lenguaje los seres humanos tenemos un mundo de segundo orden que hace posible concebir cosas que no existen en el mundo natural, como es el caso de la negación que permite crear mundos virtuales o del sentido del humor que pone de manifiesto una forma excepcional de inteligencia compartida. Así las cosas, las ideas pueden existir porque existen las palabras que las representan, dicho de otra manera, las palabras hacen posible pensar y representar los objetos simbólicos. A través del intercambio, se constituyen mundos intersubjetivamente acordados (principio de objetividad) que permiten operar e incorporar al acervo individual y colectivo los símbolos culturalmente elaborados, a la vez

que son reelaborados en este proceso de intercambio, lo cual supone un papel activo de los sujetos que intervienen en dichos procesos. En efecto, las palabras que posibilitan el intercambio, hacen viable la comunicación y la representación de los objetos, es decir pensar.

El triple vínculo entre lenguaje, cultura y comunicación permite pensar la educación más allá del currículo y los contenidos, imaginarla arraigada en la cultura y el contexto social, a la vez que abrirla a un diálogo múltiple y diverso, que haga viable configurar un sentido y unas prácticas discursivas, a partir de las cuales, las distintas disciplinas le aporten a la experiencia y vida de los sujetos involucrados. Imaginar una educación que invite a una revisión y transformación permanente de las prácticas habituales para pensarlas desde la perspectiva del sujeto que aprende y el sentido que le aportan a su existencia, a su mundo vital. Así, el carácter social de la palabra, como mediadora social del pensamiento y por tanto del conocimiento, se constata en el hecho de que no se comprende aquello que no se puede decir.

Falta mayor conciencia del valor heurístico de la lengua natural en la comunicación de los saberes, como falta pensar una práctica lingüística crítica y creativa con arraigo en las culturas que se expresan y subyacen en esa lengua. Esa profunda falta de conciencia lingüística está a la base de las prácticas que desligan los aprendizajes de la experiencia de los sujetos, de su contexto social y cultural. Se suele reducir la comunicación de los saberes a su mera enunciación, sin contexto, sin historia, sin sujetos, esto es, no están ligadas a comunidades de sentido profundo, generando enormes dificultades de comprensión. Quizá por esto, en muchas ocasiones, las comunidades académicas no logran constituirse en comunidades de sentido y por tanto en comunidades interpretativas.

Un aprendizaje comprensivo pasa por la capacidad de adquisición e incorporación discursiva de los objetos de estudio. Es decir, por la adquisición de los niveles de lenguaje que les posibilite a los sujetos de aprendizaje, el debido dominio de las palabras y por tanto un adecuado crecimiento intelectual. Como corolario queda la invitación para pensar, como asunto estratégico, las prácticas asociadas a la comunicación de los aprendizajes del sujeto que aprende, puesto que este es un componente fundamental de los procesos cognitivos y no solo un proceso accesorio del mismo.

6 La Escuela de Palo Alto destaca dos aspectos relevantes en el proceso comunicativo, ellos son, la mediación permanente de los códigos de comportamiento personal e interpersonal y el papel de las interacciones sociales en el proceso de constitución y reconstitución del sentido.



Sergio Giraldo Giraldo » Sin título (ref. No.) » Técnica mixta: (Pigmentos minerales, brea, acrílico, fíque, fuego, objeto) »
Dimensiones: 100cms. x 70cms.

Referencias

- Benveniste, E. (1979). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo Veintiuno Editores, 56-62.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus, 139.
- Bruner, J. (2000) *Educación puerta de la cultura*. Madrid: Visor Distribuciones, 171-172, 173.
- Cajiao, Francisco. Cosas, signos y lenguajes. En *Alegría de enseñar*. Volumen 7, N° 32, 19.
- Gadamer, H. G. (1984). *Verdad y método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 145, 147, 148, 150, 151,152.
- Giddens, A. (1984). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 11, 15, 86, 88, 90, 117, 128
- Martín Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Maturana, H. (1991). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Santiago de Chile: CED, 18, 87.
- Medina, J. (2010). *Los doce principios del cerebro: una explicación sencilla de cómo funciona para obtener el máximo desempeño*. Bogotá: Norma, 37, 51.
- Morin, E. (1990). *El Método: Las ideas: su hábitat, su vida, sus costumbres, su organización*. v.4, 19, 38, 165, 166-167, 226, 228.
- Schnitman, D. F., y otros, (1994). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 117.
- Schwanitz, D. (2004). *La cultura: todo lo que hay que saber*. Bogotá: Taurus, 411-412.
- Senner, W. (1992). *Los orígenes de la escritura*. México: siglo XXI.
- Sfész, L. (1995). *Crítica de la comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 446, 450, 454, 456.

Diálogo del conocimiento

El texto del profesor Juan Carlos Bustos, El doble vínculo del mundo simbólico y el lenguaje, me permite descansar de esos textos atiborrados por la repetición y de una manera lúdica y bien escrita recorro el mundo de lo simbólico y del lenguaje, e inmediatamente pienso en Jorge Luis Borges, pero aterrizo en algo más sencillo y casi paradisiaco, así como lo oyen, reinventarse por medio de lo simbólico y del lenguaje, para crear otras realidades, y construirme y construir con el otro.

La comunicación, de todo tipo, tan complicada para nosotros los seres humanos que nos atropellamos en los transportes masivos y que no entendemos lo simbólico, pero tampoco lo verbal, y que en vez de colaborarnos nos atacamos, claro que los medios de comunicación nos despiertan una falsa sensibilidad y nos convierten en los seres más dádivosos después de una tragedia y creemos entender esas imágenes, pero que cotidianamente somos agresivos y estamos a la defensiva, podríamos leer este texto y tratar de entenderlo y llevarlo a la práctica, y como maestros repensar este par de mundos que están unidos y como en un matrimonio, con todo lo difícil que este puede ser, debe acoplarse y fundirse en un encuentro de comprensión.

El texto está dividido estratégicamente en Mundo simbólico, Lenguaje y cognición, Reflexividad, Cultura y lenguaje, Comunicación y lenguaje, así nos va ubicando de una manera muy sencilla en lo que el escritor pretende y deja un sabor dulce durante su recorrido, con este abre bocas invito a nuestros lectores para que disfruten este artículo.

Daniel F. Torres Páez